



670624

Barros Arana en el Instituto Nacional

Por ENRIQUE BUNSTER

Para darse cuenta de lo que es la tarea de la vezada hay que examinar el caso de Barros Arana. ¡Un gran señor, de feligía posición económica, dedicado al estudio y posesor de un profesorado secundario...! No hay nada parecido entre nosotros, y por este solo hecho se merecen la etiqueta de los jefes de la Biblioteca y la perpetuación de su nombre en luminosas estatuas, plazas y plantones educacionales del país. De los señores y señoras de su vida (1830-1900), entregó (descendió a la enseñanza y dejó a los el futuro de los niños, el futuro indefinido al que una vida la muerte, el futuro incógnito que ha seguido destellando después de apagar su luz. A los hijos y por sobre todo los un profesor, y profesor afirmar que se obra de historiador y biógrafo en la prolongación de su alto pedagógico y culturalista. Profesor de Historia, la investigación como tal hasta entonces y luego la divulgación de los resultados que enseñaron a sus compatriotas el pasado de su tierra y de su raza.

Calisto dos, General Bulnes que cerca de veinte mil estudiantes chilenos, y aún argentinos, peruanos y bolivianos, habían sido sus alumnos en el Instituto Nacional en los años en que los rector y maestro; y a simple vista el calisto es cierto. Conoció a dos o tres generaciones de nuestra clase dirigente. Si fueramos a interrogarlo—supuesto que tuviéramos la paciencia para—descubríamos a la mejor que en un momento dado el Presidente de la República, los Ministros y gran parte de los congresales más importantes de don Diego Barros Arana.

Cuando en su profesión había escapa a los sobresaltos, a él le llamaron Falso por su alta figura, inclinado; y él lo sabía, y lo hacía mucha gracia.

Al abogar la guerra como un mito entre los chilenos, en 1890, le sorprendió la falta de entendidos textos de estudio... y entonces decidió que el mismo los escribiera. No en vano que redigiera un Compendio elemental de Historia de América y otro de Historia Moderna, siendo él un historiador; pero es que además los textos de su especialidad y siguió con Elementos de Geografía Física, Elementos de Literatura, Elementos de Retórica y Poética y Manual de Composición Literaria.

(Media docena de libros escolares como contribución al bienestar docente a que consagró su existencia).

De la variedad de sus conocimientos da una idea este hecho: relatado por un alumno: podía recomendar a cualquier profesor sus obras previas y podía examinar en cualquiera cualquiera. Y los exámenes eran penales de fuego para estudiantes y maestros por igual, porque asaltan a presencias del Presidente y al Gabinete — Prieto, Bulnes, Montt y Fierro se tallaban — y la ocasión era repetida y repetida como un eco del Jaleo Final.

Se acercó a Barros Arana de alto y envergadura de la fe, y este le dejó a mucha parte a observar de materializar a sus hijos en el principal colegio del Estado, pero hoy sabemos que la calidad del materialismo del Fierro hay que ponerla a la medida de la estrechez mental de sus contemporáneos, ¡qué se avería que uno que había sido uno para introducir el curso de Historia Natural! Por entonces pocos rectorales había ocurrido al señor Rodolfo Aguado Philippi para dudar estas cosas, pero los pocos hechos de la Colonia americana que "el estudio del cuerpo físico del estado del alma", y el Gobierno declaró el curso voluntario como medio de escape de hacerlos truenos. Hechos en 1890 el Presidente Fierro accedió a derogar el decreto en favor de la ciencia que enseñaba a los niños la obra de Dios.

Debido también a Barros Arana la introducción de las clases de Historia Literaria, de Física Terrestre, de Química y de Gramática. Para esto tuvo que habilitar o construir un gimnasio con todos sus aparatos, un laboratorio químico, un gabinete de Física y otra de Historia Natural. Aunque el curso no era profesor graduado — pero no pasó por la Escuela Normal, cosa increíble para compararla — perfeccionó la enseñanza por lo menos en dos aspectos fundamentales, distorsionando el aprendizaje de memoria, que reemplazó por el estudio analítico e histórico, y terminando con los profesores universitarios, a los que obligó por reglamento a especializarse en uno de los cursos.

Pocos saben que en tiempos del Insigne Fierro se dio en el Instituto clases de Religión y de Fundamentos de la Fe, y toda vez que el Insigne Obispo Casanova fue uno de sus directores. Destaca entre las cosas, con existencia obligatoria, y sólo la Comisión se desfogó al estudio de los padres de familia. Pero Barros Arana seguía siendo el más peligroso ante el cual los libros se perseguían mirando al cielo.

Un hombre como el necesariamente debía tener las horas del día comprometidas hasta el minuto. Despertaba con los pájaros y escribía hasta las once en su estudio empapelado de libros y en el fondo en la tierra con el ruido lejano de caridos de espías. Bajó a plantar el instituto, saliendo en la calle con media ciudad, y siempre en el comedor de la Rectoría con uno o otro de sus colaboradores. Podía ser éste el señor Philippi, don Juan Antonio Daga, profesor de Latín, o el Inspector Juan Valdeol, al que apodaba El Huello en referencia por haberlo llamado Falso. Aunque los estudiantes veían al Fierro poco y daban como la piedra, en su mesa volaban los libros y las risas. Y en medio de sus trabajos humanitarios había de pronto sus graves humanitarias y pesados. Un día le dijo a Falso: — ¡Adios con la ciencia, adios, adios.

pero a pesar, este Quijote de la enseñanza y la cultura fue tomando las enseñanzas con voluntades que trasladaba de su biblioteca particular a enseñarla entre sus amigos. La vida sola de lecturas quedó abierta al público y llegó a ser en sus días la primera del país por la cantidad de su catálogo y la segunda por el número de títulos.

Después en lo grande y en lo pequeño, don Diego acostumbraba pagar el pasaje a los alumnos que encontraban en el pasadizo de las carreras de caballos a la salida de clases. Un día que quería visitar a Philippi por galateas a pagar el boleto del Ferrocarril, éste estaba en el cielo y decidió con el dueño en las personas le dijo:

— ¡Pase, ¿qué no sabes que el pasaje y el boleto pago yo!

En las aulas y en las partes había impuesto el principio de la más rigurosa igualdad. Frente al mismo nacido en casa de oro, no creía que la posición social ni la fortuna otorgaran privilegios. Nada política en un establecimiento en que estudiaban jóvenes de toda extracción, desde herederos de familias desvalidas hasta futuros herederos de magnates del petróleo en la Alameda.

Fue un hombre de total transparencia e incapaz de ocultar; los tiempos le impusieron la contraindicación majada o de mala fe le expusieron hasta el grillo y el pulcra en la mesa.

En el alumno General Bulnes decía que el Instituto era su club, el lugar donde iba por victorias y caritas y donde se sacrificaba por gusto. Una vez le contó:

— Gano por hacer clases frente y sólo pienso todo que quedarme tranquilo en mi casa.

En la planta de profesores figuró por un tiempo el hermano católico don Adán Cármona, en cuyo Mensaje se encuentra una curiosa versión de los procedimientos que siguió en el Instituto Barros Arana para obtener la rectoría. Dice Cármona que este Empresario "cultivo con especial la amistad del Fierro del Seminario, presbítero Joaquín Larran Gaudier, dando muestra de un catolicismo ardiente... Tan persuadido estaba el señor Larran de las mercedas trágicas del señor Barros, que se encargó con el Ministerio Instrucción Pública, el conserje don Miguel María Cuevas, para que le enseñase acerca del Instituto.

Llevarlo lejos con prisa a desahogar a don Adán Cármona, hombre despreciable que bien pudo haber sido mal informado a tal vez se dejó influir por la animadversión que le inspiraban los disidentes de él. No compartía en absoluto con el Fierro, a quien describe como una persona de lengua espesa que se esforzaba en imponer a los profesores de guerra a unos conserjes. La misma antipatía entre uno de los católicos más radicales cuando Cármona fue Ministro del ramo durante el gobierno de Francisco Letelier. Por iniciativa suya se fue quitado al Instituto el monopolio de los exámenes, que hasta entonces había ejercido en detrimento de los colegios particulares, especialmente de los de empregariones, que incluía escuelas, distintos textos y planes de estudio. De los en las Memorias de Cármona que Barros Arana tenía celo y tierra integrando contra él en respuesta, y el Ministro debió pagar de su libro a cuidar como contraloría suya, presionando al Presidente para conseguir que el Fierro fuera removido del cargo que ejercía por dos años consecutivos. A su juicio, Barros Arana había pasado de despreciable, torpe y mal crítico, al estado de discordia entre los profesores y los gerentes de la disciplina y violencia en el alumnado. "Los intereses se elevaban en dos veces, pensando hacer y volver y analizando el establecimiento a personas no potentes de que la comisión era mala o de que había algunos alumnos castigados injustamente". Queriendo mejorar la medida extrema de su destitución, el Presidente Francisco Letelier dio a Barros Arana el puesto de delegado a cargo de los estudios, pero la transacción dejó al Instituto con dos niveles condenados a no entenderse, y el nuevo Fierro, don Camilo Ocho, presidió en silencio después de gastar "trece de paciencia" — refiere Cármona — y cuando el colegio se había convertido "en un infierno de discusiones y de errores de concepción".

Separado de todo cargo directivo, don Diego volvió en silencio de segunda página para convertirse en "anónimo vago e indeterminado" del Ministro. Como resultado lo que este diría en sus Memorias, escribió: "Yo pertenecí al mismo círculo de los hombres que se han pretendido como excluir los puestos públicos haciendo protestaciones de no aceptar; más aún, de los que creían en la idea de ocupar tales puestos para hacer reformas y modificaciones". Declaró que en destitución había sido el resultado de "discusión entre los partidarios y proponentes", que el Gobernador Letelier, sin despedirle sólo porque era amigo suyo, que el Ministro había acordado "un cumplimiento de compromisos contractados con el círculo ultramontano y clerical"; acusó al Partido Conservador de pretender apoderarse de la enseñanza pública y le hacía el grave cargo de haber fomentado los desórdenes promovidos por los alumnos; y como crítica del libro denunciaba el hecho de no haberle permitido defenderse ante la comisión investigadora del Fierro.

¡Qué tenía la vida! Fierro había estado opaco que los dos, que cada cual tenía "su" verdad, como sucede en esta vida,

Barros Arana en el Instituto Nacional [artículo] Enrique Bunster.

Libros y documentos

AUTORÍA

Bunster, Enrique, 1912-1976

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Barros Arana en el Instituto Nacional [artículo] Enrique Bunster.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile